

UNIVERSIDAD  
DESPLUGADO

AÑO XI

MAYO Y JUNIO DE 1917

N<sup>os</sup>. 35 y 36

# VERBUM

REVISTA DEL CENTRO ESTUDIANTES  
DE FILOSOFIA Y LETRAS

DIRECTOR

GREGORIO BERMANN

SECRETARIO DE REDACCIÓN  
LUIS A. BONTEMPI

ADMINISTRADOR  
CARLOS BOGLIOLO

COLABORADOR ARTÍSTICO  
FRANCISCO A. PALOMAR

REDACTORES: María Alcira Villegas, Octavia Josch,  
Clemente Maradona, Adolfo Korn Villafrañe, Mario E. Massa

DESPLUGADO

---

## EN BUSCA DE MAESTROS

---

El actual director de VERBUM inicia con éste una serie de artículos, que por antonomasia podrían llamarse de fondo. En ellos abordará cuestiones extraoficiales, «hors de programme», aunque de vital interés para la Universidad. Así, se referirá a los maestros, a los alumnos, a la función real e ideal de la Universidad, a problemas de enseñanza, en artículos distintos que para ser justamente apreciados deberán tomarse en su total conjunto. Tal vez suene su voz ásperamente en los oídos de algunos lectores o se lesione uno que otro interés creado. Pero nunca, jamás, ha de ser por otro motivo que por un anhelo de verdad, de que rebosamos. Según la hermosa expresión de Emerson, colgamos nuestro carro de una estrella...

Los americanos nos hallamos en el alba de nuestra jornada: así sintetiza Romain Rolland el estadio actual de nuestra evolución. Pero al igual que el niño, que lleva en sí muchas vidas — todas las de la Humanidad pasada — que es ya al nacer un recipiente del que han de fluir, según las circunstancias, cosas magnas y cosas pobres, así las sociedades americanas nacen a la vida civilizada, llevando en sí poderosa potencia de cosas que pueden ser o malograrse y no ser.

Esforcémonos en realizar lo mejor de nosotros mismos, en mantener viva la llamita divina que arde en toda sociedad.

Cada institución, cada grupo de hombres tiene una esfera de acción; elevemos su rumbo hacia altas finalidades.

Todo sufre crisis en este período de transmutación universal; creemos que no es de senectud, sino crisis de pubertad la que sufren los pueblos. No hay duda que la Universidad sufrirá también hondas perturbaciones, y el sociólogo ya debe haber observado datos sugestivos al respecto.

Los universitarios, profesores, alumnos y profesionales, sentirán en toda su amplitud el dicho vulgar: a una mayor cultura, corresponde una mayor capacidad para la acción, más deberes que cumplir. Los universitarios, ante la nueva función de la universidad, que se vislumbra, tendrán una enorme misión que llenar. Este movimiento de renovación de la Universidad tiene, en nuestro sentir, una alta finalidad democrática. La Universidad perderá las características adustas, de privilegio, que le ha transmitido la tradición hispano-colonial, y conservando el sentido de un alto instituto de estudios, se acercará al pueblo, le servirá con su trabajo espiritual; la Universidad se refundirá con el pueblo, y surgirá por encima, del mismo modo que sobresale la cabeza del nadador por encima de las aguas uniformes, ligeramente encrespadas aquí y allá: tal es el ideal.

\*  
\* \*

Hoy nos referiremos, de teórica manera, a la función de profesores y maestros, con especial referencia a los de la casa. Nos apresuraremos a declarar que no echamos en olvido la savia con que profesores verdaderos alimentaron y fecundaron por largos años, el espíritu de sus alumnos. Nada más lejos de nosotros que eso tan feo que se llama ingratitud. Aspiramos sólo a establecer un criterio exacto de las cosas y personas, de su función real e ideal, sin perdernos en la violencia del ataque, y mucho menos en el panegírico.

Lo saben todos ¿por qué no decirlo en voz alta? que profesores los hay de todos quilates. ¿Con arreglo a qué escala de valores los medimos? Lo menos que honestamente puede exigirse de un profesor universitario, es que domine por completo su materia, que se halle perfectamente compenetrado

del movimiento progresivo de las disciplinas científicas que cultiva y que exponga de pedagógica manera los conocimientos que atesora. Como bien dijo Rivarola, aunque no lo dijo todo, en la inauguración de cursos de este año: «al aceptar la cátedra, hemos realizado un contrato con la sociedad en que vivimos, que nos impone obligaciones exigibles material y moralmente. Ofrecemos en venta y nos obligamos a entregar semillas de ideas, fresca y sana. Nuestras palabras no deben ser como cáscaras vacías y granos secos; cada uno debe traer en sí mismo, como el misterio vital del grano de trigo, la vida de un pensamiento.»

Al expresar a un profesor, a quien apreciamos en su alto valor, la creencia de que es bastante limitado el número de los que llenan esas condiciones, nos contestó: «y... qué le hemos de hacer, cada profesor da en la medida de lo que puede». Hubiéramos podido responder: muy exacto, pero eso mismo que usted dice puede aplicarse a cualquier actividad profesional; y hubiera podido agregar: si el sombrerero nos hiciera un sombrero que alcanzara apenas a cubrir la coronilla (como a Chicharrón), lo mandamos a pasear destempladamente, de inmediato. Siguiendo con el simil diremos que son los estudiantes quienes deben tomar su propia medida. Así lo hicieran de tener la plena conciencia de sus derechos. Ya sabemos la manera cómo son elegidos los profesores universitarios en Alemania. En Harvard, la más célebre de las Universidades de la Unión, lo mismo que en muchas otras, los estudiantes nombran el Comité de Inspectores que tiene por misión la aprobación de los nombramientos de profesores y personal y la participación en las cuestiones y reformas de la enseñanza. Cuenta Giner de los Ríos (*Pedagogía Universitaria*), que allá, en los siglos XIII y XIV los estudiantes intervenían en el nombramiento de las autoridades. ¡El Rector solía ser un estudiante!

Ya dejó de ser para nosotros un verdadero docente, el que durante algunos meses, una o dos veces por semana, nos habla detrás de una mesa de cosas rumiadas en los libros, donde se las puede hallar fácilmente; esa persona es un simple repetidor de lecciones.

Una de las aspiraciones fundamentales del profesor es, no convertir a los alumnos en meros receptáculos de sus lecciones,

sino en educar su espíritu. Es por ello elemental, que con perfecta honestidad científica presente todas las doctrinas, todos los puntos de vista, hasta los más opuestos al suyo, desembarazándose de sus prejuicios e inclinaciones personales. Un profesor dogmático es, por definición, un contrasentido. En la educación intelectual es primordial el culto a la verdad. Todos deberíamos sentir con intensidad de tormenta estas palabras de Romain Rolland: «Soyez vraies. Il n'est pas de conscience, il n'est pas de hauteur de vie, il n'est pas de capacité de sacrifice, il n'est pas de noblesse, là où n'existe pas un religieux, rigide et vigoureux respect de la vérité.» (*Jean Christophe—La nouvelle journée*).

*Conseguir inculcar ese alto espíritu de verdad y de bien es, en nuestro sentir, la culminación a que puede llegar un sistema educacional.* Para que los alumnos alcancen esta cumbre es preciso una larga y previa educación de la que carecemos casi por completo. Sin pretender esbozar un sistema educacional, decimos que este es, hoy por hoy, decididamente deficiente; la Universidad se resiente de las mismas fallas que todo el edificio educacional. Ya no son voces aisladas las que se escuchan en son de protesta contra la enseñanza memorística, puramente verbal y pegada con alfileres, es un gran clamor que sube del fondo de los que han sufrido su influencia. Buscan en sí mismos y sólo hallan un desierto de palabras. ¿Qué hace de nosotros la enseñanza, incluso la universitaria, pregunta con amargura uno de los alumnos de mayor capacidad egresados de nuestra Facultad?: «hace de nosotros recipientes pasivos de ciencia oficial, verbalista y pretenciosa, fonógrafos andantes, inteligencias adocenadas y serviles» (1). ¡He aquí los resultados negativos de esa enseñanza que se da con aire de suficiencia y como un don excesivo! Ese defecto se exagera en otras esferas de la enseñanza. La Facultad de Filosofía y Letras es, por la naturaleza misma de sus estudios, una de las que más cultiva el espíritu de sus alumnos.

Sería absurdo atribuir estos graves, inesperados resultados, a los docentes; depende esta situación de múltiples e intrincados factores sociales que no es del caso citar. Mas no cabe duda que contribuyen a este estado de cosas aquellos que no se

1 C. M. BONET. No sabemos pensar. «Nosotros» Abril de 1917. — Véase en el mismo número "El terruño" de V. P. Petit.

toman a pecho afinar la sensibilidad, formar el espíritu de crítica, la capacidad lógica y constructiva en sus alumnos. Y eso sucederá mientras se haga más sólido el muro que separa las ciencias y las artes, de la vida. No sabemos por qué, cuando se trata de cuestiones científicas y de emociones de belleza, haya necesidad de alejarse de la realidad, trasladarse a un mundo, ignoto y abstracto al parecer. Como si ciencia y vida fueran por su naturaleza entidades divorciadas, como si aquella no fuera producto del hombre y no sirviera en lo esencial, para hacer mejor y más noble la existencia.

\*  
\* \*

Olvídase con demasiada frecuencia que la responsabilidad de los docentes es grande frente a la sociedad, tanto en lo que se refiere al futuro desenvolvimiento de esos jóvenes, cuanto al porvenir de la patria que han de fecundar. Los viejos maestros nos hablan con dolor de las existencias desviadas, de las posibles lumbreras que no fueron, de los espíritus que cayeron... y pasaron por las Facultades sin ser sospechados. Un maestro, dice Altamira en su admirable lenguaje sencillo, es en cierto modo un parteador de espíritus, un padre de almas que no puede mirar con indiferencia la acción que puede ejercer sobre aquellos que se abren a la nueva vida (1). He aquí, pues, que cuando el profesor deja la rígida concha bajo la que se oculta, y aparece un alto contenido humano, ese es el momento en que se convierte en maestro. ¡Maestro! Una emoción grave sube de nuestro corazón, en escuchando esta austera palabra!

Algún buen discípulo de Anatole France se sonreirá de los ingenuos que buscan maestros en las Facultades. ¡En la Universidad, nada menos! Sí, los busquemos y quisiéramos encontrarlos en la Universidad. Sería un supremo anhelo hallarlos allí, como en todos los centros de cultura, para que influyeran de manera activa y constante en formar ese sólido sentido moral, necesario para que no sufra la acción demoleadora del ambiente y el ejemplo de los que han conseguido encaramarse arriba, hartos de los beneficios del poder que saborean con insolencia. ¿Qué decir de esos jóvenes que se le allegan a uno y le escupen

(1) Véase "Para la Juventud" libro dedicado a los jóvenes hispano-americanos.

a la cara: los ideales son ridículos, los idealistas unos tontos, el que sube, bien está arriba, y el que no lo hace es por impotencia de medios. ¡La cuestión es llegar! Padecen de un hondo trastorno moral, sin que su larga permanencia en la Universidad consiga modificarles esa su «teoría» de la vida!

En la Sorbona, los directores de estudios — entre los que se halla el eminente Lavissee — reciben una vez por semana a los que quieran consultarles no sólo acerca de cuestiones intelectuales, sino también de íntimos problemas religiosos y morales. Entre nosotros no se ha conseguido la educación moral por medio de la ciencia, y menos la educación moral propiamente dicha. Por otra parte, es absolutamente indispensable, para que esa influencia se ejerza, que la autoridad moral del profesor se asiente sobre una reputación de dignidad y virilidad de que haya dado múltiples pruebas.

Una de las causas que tal vez obstaculice esta falta de intimidad y simpatía entre docentes y alumnos, reside en que aquellos son viejos de verdad, y los alumnos, jóvenes a pesar suyo. Son planos diferentes de vida... y de intereses. Tal vez fuera ello motivado porque en la condición de profesor parece condicionarse cierto grado de aristocratización, no ya natural, sino artificiosa. Pero ninguno de estos, son motivos que impidan sugerir hondas enseñanzas e inspirar ideales que son defensas naturales nuestras para llegar a más altos destinos. Sucede con frecuencia que de cualquier buen hombre guardamos enseñanzas más fructíferas que las sorbidas en las ubres aparentemente secas de la Universidad. No andaba Tolstoi tan descaminado cuando afirmaba con vehemencia que las enseñanzas más profundas y elocuentes las había recogido de labios de los humildes campesinos de su tierra, no ha mucho siervos de la gleba. Y Maeterlinck sorprendía mucha vida en el silencio de los ciegos, en los ademanes de los inocentes...

Es preciso que los maestros sean los que sugieran con insistencia los ideales de solidaridad, de labor común, predicando con el ejemplo. Y esos ideales no podrán realizarse mientras no se considere que el arte y la ciencia unen, de igual modo que ligan los corazones una misma emoción de belleza, un mismo principio o teoría científica, y no que ahonden abismos entre los hombres, como sucede con harta frecuencia. Y ese ideal

más inmediato que se vislumbra es unirse al pueblo, remozarse en la misma corriente de vida; esto nos prepara, felizmente, la crisis de que hablábamos en un comienzo.

Hasta ahora hemos tratado de los profesores, ¿y los alumnos? Ellos constituyen la materia prima esencial; son el verdadero elemento motor de toda enseñanza. Mucho debemos decir de los alumnos, del estudiante ideal... Hasta una vez próxima.

EL DIRECTOR.